

LOS PRINCIPIOS QUE HAN AYUDADO A  
RAFA NADAL A PERSEGUIR EL ÉXITO

# TONI NADAL

Nueva  
edición con  
prólogo del autor

MÁS DE 35.000  
EJEMPLARES  
VENDIDOS

Todo  
se  
puede  
entrenar

  
alienta  
EDITORIAL

# Todo se puede entrenar

TONI NADAL



© Toni Nadal, 2015, 2023

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2015, 2023

Alienta es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2015

Primera edición en esta presentación: enero de 2023

Depósito legal: B. 22.094-2022

ISBN: 978-84-1344-210-5

Preimpresión: Pleca Digital, SLU

Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Sumario

---

Prólogo .....	11
Introducción .....	17
1. Nosotros y nuestras circunstancias .....	21
2. La exigencia .....	51
3. Cuestión de actitud .....	69
4. Un método anticuado .....	83
5. La simplicidad .....	87
6. Solón .....	109
7. La capacidad de mejora.....	121
8. Los objetivos .....	135
9. La formación del carácter .....	149
10. Gestionar la adversidad .....	183
11. El poder de la palabra .....	223
12. Lo normal y lo correcto.....	227
<i>[Fotografías] .....</i>	<i>[160-161]</i>

## Nosotros y nuestras circunstancias

Todo el trabajo realizado hasta el día de hoy está enmarcado, y profundamente marcado, por la historia personal de Rafael y por la mía.

Nuestra historia es, en realidad, la suma de dos ambiciones distintas, aunque complementarias, que se han forjado de forma paralela. Por una parte, está la aspiración de Rafael Nadal, un niño que desde muy pequeño supo que su pasión era el deporte, y su sueño, dedicarse profesionalmente a él.

Y por otra, está la mía, la de un entrenador de un pequeño club de cinco pistas, en Manacor, con una clara vocación por la instrucción deportiva.

El deporte formó desde siempre parte muy importante de los juegos de mi sobrino y de su forma de relacionarse con el mundo. Fue, y ha sido siempre, su máxima diversión y el motivo de una forma apasionada de entender la vida.

Yo creo que quien le ha transmitido más esa pasión por el deporte, aún a día de hoy, es su padre, Sebastián. De los cinco hermanos que somos es quizás el que menos lo ha practicado pero debe de ser el que lo ha vivido y lo sigue viviendo más intensamente. Y esa intensidad la ha heredado, como mínimo en la misma medida, mi sobrino.

El penúltimo de mis hermanos, Miguel Ángel, fue futbolista profesional en el FC Barcelona, en el RCD Mallorca y en la Selección Española. Mis otros dos hermanos, Rafael y Marilén, son también unos buenos aficionados al deporte; el primero jugó al fútbol en segunda B y en la actualidad sigue practicando actividades deportivas casi a diario, y la segunda juega al tenis desde siempre y compite en todos los torneos para veteranas que se organizan en nuestras islas. Así pues, es fácil entender que el deporte ha formado parte de la vida cotidiana de Rafael desde el día en que nació.

Yo no era un mal deportista. Tenía cierta facilidad e interés por todos los deportes en general. Competí en disciplinas tan distintas como el ping-pong, la natación, el ajedrez, hasta que finalmente descubrí el tenis. Gané campeonatos en todas estas disciplinas, a nivel local y regional. Creo que no tenía malas aptitudes físicas, pero sobre todo he tenido desde siempre algo que me ayudó, en mi modesta medida, y que he intentado aplicar después en la enseñanza del tenis: entender el deporte como algo simple.

Me acostumbré a adaptar las mismas deducciones sencillas a cualquier disciplina de las que practicaba.

Empecé a jugar al tenis relativamente tarde, sobre los catorce años. A los dieciséis, después de que le contaran a mi padre que tenía aptitudes para el deporte de la raqueta, me fui a Barcelona para acabar los dos últimos cursos del bachillerato y entrenar en el Tenis Club Barcelona.

Ni mi padre ni mi madre, de todas formas, contemplaron jamás la posibilidad de que me dedicara al deporte de manera profesional. Lo consideraban solamente un complemento a mis estudios.

Cuando acabé el bachillerato me matriculé en historia y, al

cabo de dos años, me pasé a derecho para complacer a mi padre, que veía pocas salidas profesionales en lo otro. Lamentablemente, no completé ninguna de las dos carreras. No tenía suficiente interés y se me solaparon los estudios con el descubrimiento de que, quizás, había una salida profesional para mí en el mundo del tenis.

Participaba en competiciones a nivel nacional y local, aunque al cabo de un tiempo me di cuenta de que no iba a ser un destacado tenista. Es verdad que debía dedicar un tiempo a la facultad y a los exámenes, que me había iniciado muy tarde y que competía con irregularidad. En cualquier caso, y fuera como fuere, sólo llegué a ser un tenista de segundo nivel. Esto no supuso para mí ninguna frustración; la percepción que me ha quedado de esa época no tiene nada de amargura. Durante el tiempo que lo intenté me lo pasé muy bien. No me lo tomé como un fracaso irreparable, ni mucho menos mermó mi autoestima.

Lo que hice fue buscar un plan B, otra forma de sentirme motivado y ocupado. No fue una decisión abrupta, en un momento determinado. No lo recuerdo, en todo caso. Más bien pienso que fue una nueva orientación que tomó forma de manera paulatina y que vino motivada por uno de los elementos más característicos de mi carácter: la constante persecución de objetivos.

Desde que tengo uso de razón, creo que ha sido así. Me sentiría desorientado de lo contrario. Perseguir una meta ha marcado siempre mi forma de entender el mundo.

Recuerdo la época en que descubrí el ajedrez, por ejemplo. Me compré unos cuantos manuales —*Ajedrez, Maestro contra amateur, Segundo libro de ajedrez, Práctica de ajedrez magistral*— y los estudiaba con auténtico deleite y sin descanso. Era una práctica, según mi madre, bastante obsesiva. Me estimulaba muchísimo pensar que podría competir en

esta disciplina si lograba avanzar cada día un poco más, aprender las tácticas y estrategias. Y así, con el libro de ajedrez todo el santo día debajo del brazo, acabé finalmente compitiendo en los campeonatos locales.

No lo he dejado nunca. Mi amigo, y también entrenador profesional, Pepo Clavet se ocupa de pasear por todo el mundo su tablero y las 32 piezas, que suenan como unas maracas en su mochila, y podemos disfrutar de nuestra común afición en la sala de jugadores de los distintos torneos.

En casa, juego *online*, a diario con un programa que te permite competir con gente de todo el mundo, pero nada es tan estimulante como la amistosa rivalidad con Pepo, actualmente entrenador de Feliciano López.

A los veintiún años regresé a Mallorca, después de sacarme el título de entrenador, y seguí matriculado en la Facultad de Derecho. Fue en esta época cuando empecé a dar clases de tenis de forma bastante casual. Mi máximo objetivo era perder tiempo, o sea, seguir matriculado en la universidad, para tener una reducción en el servicio militar, que, finalmente, debido a un cambio de normativa en el último momento, no pude disfrutar.

Pronto me di cuenta de que esta casualidad me gustaba y pasé de dar clases a alemanes y a suizos con segunda residencia en Mallorca a trabajar en el Tenis Club Manacor con niños. Al cabo de un tiempo fui el director de la escuela y empezó a fraguarse en mí el anhelo de tener algún día un pupilo que pudiera dedicarse al tenis de manera profesional.

Empecé a diseñar un nuevo objetivo, como en el ajedrez: el de instruir a chavales con miras a competir a nivel local, después regional y más tarde nacional.

Sentí y alimenté desde el principio una aspiración eleva-

da que, por decoro, sólo podía ser subcutánea. Descubrí, y sigo manteniéndolo, aun después de haber vivido el tenis de élite, que lo que realmente me gusta es trabajar con chavales en sus años de formación. Siempre te vas formando, por supuesto, seas quien seas, pero las edades comprendidas entre los seis, siete años hasta que entras en el terreno profesional me dan mucha satisfacción.

En estos años el aprendizaje suele ser más galopante; los frentes abiertos son unos cuantos. El carácter está en formación, el cuerpo se está desarrollando y el aprendizaje tiene que estar sometido a una adaptación continua. Todo esto me estimula mucho. Además, me gusta mucho también percibir esas ilusiones aún intactas, tan poderosas que son un material precioso para cualquier entrenador con un mínimo de vocación. Recuerdo esos años en la Escuela de Tenis, con mis chavales y también con mi sobrino, como, probablemente, los mejores de mi carrera de instructor.

Suelo contar que mi primer gran éxito como entrenador de tenis fue, precisamente, mi hermano Miguel Ángel. Fue uno de los primeros chicos que entrené de forma más o menos seria. Le preparé para que fuera un buen tenista —tenía aptitudes suficientes— y, sin embargo, conseguí que fuera un buen futbolista.

Bromas aparte, tuve desde los inicios a chavales que contribuyeron a alimentar esa ambición de destacar en el circuito tenístico: Toni, Pilar, Sebastián me dieron muchas alegrías y me ilusionaron de forma constante. Consiguieron satisfacerme como entrenador y demostrarme que trabajando correctamente y con constancia se pueden conseguir buenos resultados aun entrenando en un pueblo pequeño.

Desde que empecé a dirigir la Escuela de Tenis, tuve una obsesión por que los chicos que yo preparaba estuvieran siempre entre los buenos. Me hubiera producido cierto bo-

chorno, una especie de vergüenza íntima, participar en los torneos locales o nacionales y no contar con chicos que destacaran. Y no es porque me considere a mí mismo como un gran entrenador. Espero que no se me malinterprete. Es más bien porque pienso que si uno aplica el sentido común y trabaja con constancia para perseguir unos objetivos, lo normal y probable es lograr resultados. Ganarlo todo es difícil, es más bien imposible, pero no concibo no intentarlo. Yo, personalmente, no he concebido no intentarlo, no tener el particular impulso de despuntar, de intentar hacer las cosas bien y mejorar continuamente. Aún a día de hoy sigo sin tenerme por un gran entrenador, pero me gusta seguir pensando, por principios, que mejorar día a día debería ser posible.

Cuando uno trabaja con objetividad, cuando se hacen las cosas bien y se persevera, algún resultado positivo tiene que haber. Si no es así, uno habría de hacerse algún tipo de planteamiento. Vivir mi trayectoria profesional sin esta persecución constante de mejora habría supuesto para mí mismo una manifestación de dejadez y de cierto autodesprecio. Al final es una mera cuestión de autoestima, de pundonor y, sobre todo, es mi manera de perseguir la satisfacción.

Yo pensaba que si no tenía chicos en la escuela que destacaran, esto significaría que yo era, no un mal entrenador, sino una persona con muy poca consideración hacia sí misma.

Unos diez o doce años después de haber empezado como director en la Escuela del Tenis Manacor tuve la enorme suerte de que aquella ilusión que había germinado en mí se materializara con el mejor de los guiones.

No sólo fue un alumno mío el que destacó como tenista, el que fue ganando torneos locales, nacionales, internacionales, el que consiguió dedicarse al tenis de forma pro-

fesional, sino que fue mi sobrino Rafael, el hijo de mi hermano mayor, Sebastián. Él, que era un niño pequeño cuando yo ya competía con mis otros alumnos, empezó a imaginar un modelo de vida que se ajustaba a la perfección con su máxima pasión desde que fue capaz de jugar con una pelota, con cualquier tipo de pelota.

Rafael fue el primer sobrino para mí y para mis hermanos; el primer nieto para mis padres y un verdadero juguete para todos.

Se crió en ese ambiente que he descrito antes, profundamente marcado por el deporte. Sus cuatro tíos permanecíamos solteros y él se convirtió pronto en un apéndice de todos nosotros.

Puede quedar mal que diga esto siendo su tío, pero vaya en mi descargo que no digo lo mismo de todos mis sobrinos ni, aún menos, de mis hijos; Rafael fue siempre un niño dócil y muy bueno. Su temperamento ha sido siempre tan apasionado como conciliador. Jamás te daba la oportunidad de tener que llamarle la atención o amonestarle. Disfrutábamos de que viniera con nosotros a todos lados, al fútbol, a tomar un helado con nuestros amigos, a la playa... Era como un bolso. Fue desde el primer día un miembro de la familia con plena participación en todo. Charlábamos mucho de fútbol o de otros deportes, y él manifestaba siempre sus opiniones y su entusiasmo.

Un día, cuando tenía tres años, vino con su padre al club de tenis. Yo estaba impartiendo clases y en un momento dado le dije que se acercara: «¿Quieres probar a ver qué tal le das a la pelota de tenis? Mira —le dije—, yo te la voy a lanzar; intenta golpearla con la raqueta». La golpeó un par de veces y mi hermano y yo sonreímos sorprendidos por la destreza

que mostró siendo tan pequeño. La red sobrepasaba su estatura pero él logró mandar la pelota al otro lado en todos sus intentos. Lo hizo de forma natural e intuitiva, claro está.

Esto se quedó ahí, evidentemente, aunque algo permaneció en mi cabeza, un poso, el primer matiz de una ilusión tan sólo incipiente. Algo empezó a generarse en mi interior porque buena prueba de ello es que sigo acordándome de ese momento en principio insignificante, veinticinco años después.

Pero aquel día Rafael aún era muy pequeño y prefería jugar con su padre al fútbol en el pasillo de su casa al final de la jornada laboral.

No fue hasta un año más tarde cuando empezó a tomar clases conmigo de forma más asidua. Desde el primer día fue un niño dispuesto a aprender y a hacer todo lo que yo le ordenaba. No se rebelaba, no se impacientaba. Nunca se quejaba.

Y así empezamos, juntos, a alimentar una ilusión.

En muchas ocasiones, sobre todo entre amigos, he contado el mundo irreal y fantástico que yo inventé para mi sobrino, porque me divertí muchísimo con él. Su temperamento apasionado, a la vez que inocente, era el caldo de cultivo perfecto para hacerle creer todo tipo de barbaridades.

Dicen que la imaginación infantil no tiene límites; bueno, pues la mía no se quedó en la retaguardia. Empecé contándole cuatro tonterías sobre mi persona y, ante su credulidad total, fui animándome y acabé siendo un auténtico fenómeno en distintos ámbitos.

Mi hermano Miguel Ángel había fichado ya por el FC

Barcelona y yo le conté a mi sobrino que lo de mi hermano no era nada comparado con lo que yo había hecho en el mundo del fútbol.

«Bah, eso no es nada, Rafael. ¡El buen futbolista de la familia he sido yo!»

En esa época el Milan era el mejor equipo del mundo y le conté que yo había sido el mejor delantero del club italiano.

Le fui narrando partidos épicos en los que yo, el Gran Natali, fui siempre la estrella indiscutible, el que resolvía las mejores jugadas.

Le recitaba toda la alineación: Tortellini y Spaghetti en la defensa, Macaroni y Carpaccio en los laterales, Parpadelle de media punta, Fetuccini en la portería. El Gran Natali, el que los eclipsaba a todos.

En cierta ocasión, se celebró en nuestro pueblo una cena en la Peña Barcelonista y tenía que asistir, junto con mi hermano, su buen amigo Txiqui Begiristain. Yo, que pude saludarlo unas horas previas al encuentro en casa de mi hermano, le dije: «Escucha, cuando entres en el local, yo estaré con mi sobrino Rafael, hazme el favor de saludarme como “el Gran Natali”».

Le conté todos los detalles de mis invenciones, y él, que se divirtió con la historia, me ayudó a darle credibilidad total.

«¡Hombre, Natali!, ¡El Gran Natali! —me abrazó con mucho aspaviento—, ¡qué ilusión verte! ¡Con lo que yo te admiraba!»

A continuación pasó a relatarle a mi sobrino lo bueno que yo había sido en el campo de fútbol. ¡Cómo no se lo iba a creer!

Un día organizamos un partido de fútbol entre mis hermanos y unos cuantos amigos y Rafael, que observó todo el partido y muy particularmente se fijó en mí, se fue a su casa desolado.

«¡Natali ya no es tan bueno, papá!», le comentó a mi hermano.

A partir de aquí empecé a contarle que mi declive en el mundo del fútbol, sin embargo, había dado paso a otra época deportiva en la que también había cultivado grandes éxitos: el ciclismo.

Induráin ya había ganado los cinco Tours de Francia. Yo, seis.

En Italia no destaqué tanto, pero tampoco me fue nada mal: tres Giros.

Pero la mayor genialidad fueron siempre los poderes mágicos que yo poseía y con los que podía hacer lo que se me antojara. Lo volvía invisible y nadie de la familia, cómplices de la treta, lo podía ver.

«¿Dónde se ha metido Rafael?», preguntaban todos, mientras él, que se paseaba a sus anchas, se moría de la risa con mucho cuidado de no hacer ningún ruido.

Hice llover, durante su primer partido de competición, cuando él iba perdiendo aunque estaba en plena remontada.

A los pocos minutos de que yo detuviera el partido, él, con su habitual confianza, me pidió que parara la lluvia.

«Puedes parar la lluvia, Toni —me susurró después de acercarse sigilosamente—, yo creo que le puedo ganar.»

Cualquier artimaña era fácil e inmediata con mis extravagantes poderes brujos. Yo era rápido, listo, fuerte, ingenioso. Le contaba a diario, por capítulos, todas mis hazañas en el mundo del deporte, y también como hechicero. Él me pedía que le repitiera una y otra vez mis gestas más espectaculares; sobre todo las que tenían que ver con mis éxitos deportivos, que eran las que más le gustaba escuchar.

No dudaba sobre la veracidad de mis historias y, como es

natural, sentía una gran admiración por mí, un héroe de carne y hueso capaz de hacer lo más inimaginable, en casa.

La diversión estaba asegurada, día a día.

En una ocasión, subí de la playa y él estaba en casa, con mi madre, con quien pasó muchas horas en su niñez. Le dije:

—¡Ufff, vaya mañanita! Estoy molido. Me he ido nadando hasta la raya —esto era usual, la raya era el horizonte, la línea donde se unen el mar con el cielo—, y me he encontrado con un tiburón enorme, hambriento, furioso, con unos dientes afilados como cuchillos. Y el ignorante, como no sabía que yo soy muy fuerte, ha intentado morderme... ¡Le he dado tal paliza!

—¡Qué dices! ¿Le has pegado a un tiburón? —me preguntó él con los ojos abiertos como platos.

—¿Que si le he pegado? No quieras saber cómo lo he dejado. ¡Se le han pasado las ganas de comer!

Le conté todo el episodio, con todo lujo de detalles, y al final le dije:

—Escucha, todo esto no se lo cuentes a tus amigos, ¿eh? Ellos no saben que yo soy tan fuerte. ¡No saben que para mí un tiburón es como para ellos una sardina!

—No, no... Tranquilo, no se lo contaré. No vaya a ser que quieran intentarlo y se metan en problemas.

En esa época, es fácil de imaginar, Rafael no había cumplido aún los siete u ocho años, pero esa inocencia la arrastró hasta bien entrada la adolescencia. Por supuesto, paulatinamente, tuve que ir rebajando la espectacularidad de mis narraciones. Pero esto no convirtió a mi sobrino en un bobalicón, a pesar del temor de mi madre, que me advertía continuamente. Es verdad que siempre ha carecido de malicia o de astucia malintencionada, pero jamás fue un

niño atontado; más bien todo lo contrario. Recuerdo un sinfín de pillerías que se gastaban él y sus compañeros cuando estábamos de viaje para disputar torneos. Se bebían medio refresco de la neverita del hotel y rellenaban la botella con agua del grifo, comían dos veces con el mismo vale en los bufetes de los clubes; a esas edades y compitiendo tenían siempre un hambre voraz, difícil de contentar.

La relación que he mantenido con mi sobrino a lo largo de todos estos años no está hecha en su totalidad de un solo bloque. Consta de distintas facetas que se entrelazan y complementan, pero también que se diferencian entre sí. Por una parte, está la estrecha relación familiar, el sentimiento que se ha ganado él solo a pulso, por méritos propios, según el cual he deseado para él lo mismo que desea un padre para su hijo. Su manera de ser ha estrechado unos lazos que no siempre se dan con tanta intensidad dentro de las familias. Este vínculo es el que disparó mi ilusión y la alimentó de manera muy intensa. Es el vínculo que ha alimentado una unión muy especial, diaria, de juegos cuando era más pequeño, de compartir preocupaciones, ilusiones, alguna confidencia, a medida que él ha ido creciendo. Pero cuando entramos en la pista de tenis, también cuando era un niño, cuando he intervenido en su formación, en la parte que me ha correspondido —en ningún momento suplantando a sus padres—, surgía otra figura, la de su ascendente, su entrenador o formador; el que era intensamente apremiante, el que impuso desde los inicios una forma muy exigente en el trabajo diario y en las valoraciones respecto a éste. Pocas personas le desean tanto bien a mi sobrino como yo, después de sus padres. Y pienso que él lo ha sabido siempre. Por esto, ha aceptado incondicionalmente mis distintas facetas, las amables y las difíciles

de sobrellevar. Se han dado en mi persona una confluencia de actuaciones tan diversas en mi relación con él que sólo un equilibrio buscado a pulso las ha podido gestionar. Yo pienso que no es tan difícil combinar en el ámbito formativo una forma de proceder afectiva positiva, basada en el cariño y en la querencia, con una rectitud que no es conveniente abandonar.

Con todo, pues, ya en sus inicios yo tenía una relación muy traviesa y desenfadada con mi sobrino, de juegos y bromas continuas, pero también ejercía con él una seriedad en el trabajo como entrenador. Desde muy jovencito aprendió a separar lo que era diversión y asueto de lo que era obligación y trabajo. Una cosa no debería estar reñida con la otra, a mi entender. Complementando mi relación afectivo-familiar y no en contradicción con ella he actuado con autoridad porque creo en ella como pilar básico de una correcta formación.

Hoy en día, a medida que los niños han ido ganando protagonismo en la sociedad y se les han concedido tantos privilegios adultos, la forma de relacionarnos con ellos ha cambiado. Actualmente no podemos engañar a los menores con bromas estúpidas. Es como una ofensa. La tendencia, por lo que observo, es tratar a los niños de tú a tú. Hay unos nuevos códigos que nos instan a darles explicaciones de absolutamente todo. Se ha establecido hacerles recapacitar con largas argumentaciones cualquier contratiempo con el que ellos no estén de acuerdo. El «porque sí» y el «porque no», eso que nos repitieron tanto a todos los de mi generación, son vistos como una práctica malévola. Esto ya no se puede hacer sin incurrir en una falta. Hay que tener en cuenta, sin excepción, su opinión. Hay que valorar con ellos cualquier

decisión. Hay que darles voz y voto, porque el criterio infantil ha ganado un terreno que jamás le había pertenecido.

Todas estas consideraciones que, en principio se alejan de lo que pueda contar un simple entrenador de tenis, bajo mi punto de vista son primordiales para cualquier ejercicio de formación. En realidad, son primordiales para mí. Habrá otras formas de entenderlo. Me voy a repetir porque no quiero parecer dogmático. Éstas son mis consideraciones y lo que nosotros hemos hecho. Son mis convicciones personales aun a riesgo de ser considerado un anticuado. Es lo que sigo haciendo con mis propios hijos, aunque seguramente no serán tenistas. La formación que yo persigo responde, como ya he dicho, a una percepción global de lo que hay que hacer, sea cual sea la disciplina y sea cual sea el objetivo.

A mi entender, pues, no podemos tratar a los chicos que se están formando de tú a tú si queremos que nos obedezcan y que se dejen guiar. No podemos pretender que acepten una orden, una petición, una presión si contamos, como inalterable punto de partida, con su opinión. A mí me parece una equivocación dejar de ser autoritarios. Otra cosa muy distinta sería ser violentos, opresivos o agresivos. Yo entiendo que son cosas muy distintas. De hecho, la autoridad, que siempre había sido considerada un eje básico en la formación en cualquier ámbito, el familiar o el académico, se ha ganado, a santo de la demagogia que impera en todos los ámbitos de nuestra sociedad, la peor de todas las consideraciones.

La autoridad es el prestigio y crédito que se reconoce a una persona o institución por su legitimidad o por su calidad y competencia en alguna materia. No logro verle la parte negativa. No concibo que hayamos desvirtuado tanto un prin-

cipio sin el cual no podemos ejercer la influencia siempre necesaria para llevar a cabo cualquier ejercicio formativo.

Y quien ejerce la autoridad es un autoritario. Bueno, pues si uno consulta el diccionario, verá que autoritario es sinónimo de déspota, tirano, dictador, abusivo, opresor. No me cabe duda de que, efectivamente, así ha derivado el significado de esta palabra. Quisiera aclarar que yo, siendo como fui con mi sobrino, autoritario, para nada fui ninguna de esas cosas. Mi autoridad es de antiguo cuño. He intentado que sea la autoridad del que guía e instruye y jamás ha sido una autoridad violenta, caprichosa o abusiva. No entiendo la aplicación de la autoridad sin ese paraguas afectivo que debería cobijarla siempre.

Estas reflexiones y una observación de los derroteros que están tomando las nuevas generaciones son las que me han llevado a creer que gestionamos bastante regularmente la educación de los jóvenes cuando tenemos más información y más preparación que nunca. Yo no soy ningún experto en nada. Me limito a observar y analizar los valores, o algunos de los valores, con los que fuimos criados y educados en mi generación, y creo que nos estamos desviando si lo que queremos es formar una sociedad de adultos maduros, sensatos y esforzados. Las consecuencias de este cambio ya están a la orden del día. Es una sociedad cada vez más antojadiza, infantil y poco acostumbrada a la adversidad y al esfuerzo.

La mente infantil o adolescente, no desarrollada del todo, inocente y por fraguar es un abanico de posibilidades tan inmenso que sigue siendo objeto de estudio. No soy yo, desde luego, uno que se haya dedicado a esto y, por tanto, no puedo hacer valoraciones fiables. Sin embargo, me despierta gran curiosidad ver los resultados tan distintos que

dan las circunstancias diversas, que pueden ser culturales, socioeconómicas, contextuales, ideológicas, particulares, colectivas, temporales. Las posibilidades son infinitas y cambiantes, dignas, por lo menos, de nuestra atención.

Pero estábamos, antes de desviarme, en los inicios de mi historia en común con mi sobrino, el contexto en el que empezó a desarrollarse todo.

En estos primeros años, Rafael combinó sus estudios en su colegio en Manacor con entrenamientos de tenis conmigo en el club y también con entrenamientos de fútbol.

El fútbol es quizás el deporte que más le ha gustado desde siempre. Jugó en el CD Manacor y fue un chaval destacado en su equipo. Era el máximo goleador y en esta disciplina se caracterizó también por su entusiasmo y su entrega.

Normalmente tenía partido los sábados y se ocupaba de hacernos saber, a todos sus tíos y abuelos, la hora de la convocatoria para que fuéramos a verlo. «El sábado tengo partido a las diez de la mañana en Manacor. ¿Vendrás al partido?», nos decía uno por uno. «Uf, este sábado me resulta imposible. Tengo trabajo», le decía uno. «¿A las diez? ¡Qué mala suerte! He quedado con mis amigas para jugar al tenis», le decía mi hermana.

Le hacíamos sufrir un poco, le hacíamos creer que no iría nadie, pero al final siempre había alguien que iba al partido, casi con la misma ilusión que él tenía, puesto que la importancia que él le daba era ya comparable a la de un auténtico profesional.

A pesar de que hubiera jugado un partido de fútbol, jamás abandonábamos el entrenamiento de tenis posterior. Yo me

ocupaba de organizar y ajustar mi agenda de tal forma que pudiéramos cumplir con nuestra obligación. Así pues, se comía un bocadillo, un poco de fruta y del campo de fútbol nos íbamos a la cancha de tenis. Y, si no daba tiempo antes de comer, pues íbamos por la tarde.

Los sábados también retransmitían fútbol por la televisión, partidos de la Liga que disfrutábamos o padecíamos todos con gran pasión y con afectación personal, ya que seguíamos los partidos del FC Barcelona y la actuación de mi hermano Miguel Ángel. Los años del Dream Team fueron motivo de gran alegría en la familia. Lo vivíamos con intensidad y a mi sobrino, sobre todo, parecía que le iba la vida en cada partido. Ahora le va la vida con cada partido del Real Madrid, como es bien sabido.

También mirábamos juntos partidos de tenis, de los grandes torneos mundiales. A mí me gustaba ver el tenis, desde siempre, pero si lo veía con Rafael sentado a mi lado, era mucho mejor. Tenía un valor añadido. Íbamos comentando todo tipo de cosas. Me gustaba escuchar sus valoraciones y yo le hacía las mías, entendiendo que esto también formaba parte del aprendizaje. Además le hacía notar los comportamientos que me parecían correctos y los que me parecían poco edificantes.

Un sábado por la tarde daban un partido en diferido —porque era del Open de Australia, si no recuerdo mal—, y yo, que lo había visto en directo, sabía cómo iba a resolverse el encuentro.

Jugaba Ivan Lendl y su adversario era, creo, Stefan Edberg. Yo sabía que Lendl, que estaba dominando el partido, iba a tener la mala suerte de lesionarse en el cuarto set. Mi sobrino desconocía que el partido no era en directo.

Íbamos comentando y admirando el juego de los dos tenistas y yo empecé a decirle de forma creciente: «Sí, es ver-

dad, este tío es buenísimo —refiriéndome a Lendl—. Pero ¡estoy empezando a hartarme de verlo ganar! ¡Esto, Rafael, empieza a ser una grosería!». Él se reía de mis comentarios, divertido, y me confirmaba que a él también le parecía que era muy bueno. «Sí, es muy bueno, pero está empezando a cansarme. Te lo digo de verdad, ¿eh? No está bien que gane tanto. Si sigue así, haré que se lesione. Bah, míralo, ¡menudo golpe!» Al rato, Rafael empezó a preocuparse por mis comentarios. «Haré que se lesione. Se lo está buscando», seguí con mis amenazas. «No, Natali, ¡no le hagas esto, por favor!», empezó a pedirme él. «¿Que no? ¡Ya verás si sigue así!», continué una y otra vez, hasta que al poco de empezar el cuarto set, justo en el momento en que yo sabía que iba a pasar, dije: «¡Hala! Que se lesione, ¡ya me tiene harto!».

E Ivan Lendl, por capricho mío, se lesionó.

Mi sobrino ese día se quedó estupefacto. No por mis poderes, a éstos estaba sobradamente acostumbrado, sino por la jugarreta que su tío y héroe acababa de hacerle a uno de los mejores tenistas del mundo. Yo creo que ese día empezó mi declive y mi sobrino empezó a admirarme un poco menos.

Rafael empezó a competir en tenis a partir de los ocho años. Es fácil, pues, imaginar que ya desde jovencito tuvo una vida organizada al minuto: entrenamientos de tenis, de fútbol, competiciones de lo uno y de lo otro y, por supuesto, la exigencia de sus padres de que hiciera los deberes y se aplicara en sus estudios.

Aunque pueda parecer pretencioso, ya en esa época, exactamente cuando ganó el Campeonato de Baleares en una categoría superior a la suya, yo creía en sus posibilidades para ser un buen profesional del tenis en el futuro. Por su-

puesto, no me atreví a decirlo jamás en voz alta; tan sólo le hice algún comentario a mi hermano Sebastián. Yo sabía que me podía equivocar y que no llegara a serlo, pero soy su tío y mi ilusión era comparable a la de su padre.

Es verdad que las cosas han salido muy bien, pero aun a sabiendas de que podía no ser así, nunca quise renunciar a ese anhelo y a esa confianza en él.

Si, conscientemente, no luché contra ese sentimiento fue por dos motivos principalmente: primero, porque la ilusión es el gran impulsor de muchas cosas, lo que nos empuja a trabajar con perseverancia y a no dejar de perseguir los objetivos marcados. Y en segundo lugar, y quizás el más importante, porque la ilusión es un elemento fundamental en la felicidad de las personas. La ilusión por lo que podemos conseguir da sentido al día a día. Para nosotros, por lo menos, ha sido y sigue siendo así. Un aforismo de Narosky dice: «Mi mayor ilusión es seguir teniendo ilusiones». Lo comparto, pero con una aclaración. Desconozco la filosofía del pensador, pero pienso que no debemos entender tener ilusiones como un regalo que nos viene dado de forma predeterminada. Las ilusiones dependen en gran medida de que nosotros mismos nos las creemos. De lo contrario, se esfuman, desaparecen y caducan.

En estos años en que Rafael iba a contrarreloj desde que se levantaba hasta que se acostaba exhausto, sufrimos en nuestras propias carnes algo que no ha sido un hecho aislado en mi propia familia: el lugar que ocupa el deporte dentro del sistema educativo y del concepto de formación.

En mi época, por lo menos donde yo me crié, el deporte tenía una importancia muy escasa, si no perjudicial o mutiladora, en el marco de una correcta formación. El deporte se

consideraba un mero juego que practicábamos los chavales en la calle, puro entretenimiento que se iba dejando de lado paulatinamente a medida que uno crecía y se iba preparando para ser un adulto como tenía que ser.

No sé exactamente la edad que yo tendría, pero un día llegué a casa tarde para comer y mi madre me increpó preguntándome de dónde venía a esas horas.

El ayuntamiento de Manacor había organizado unas jornadas deportivas y yo había quedado campeón en tres disciplinas: ping-pong, ajedrez y tenis.

Le contesté a mi madre que venía de recoger mis trofeos.

A la expresión de su cara, puro reflejo de perplejidad, le siguió la pregunta: «¿Y tú has participado en las competiciones?».

Esto era lo normal en mi época. Los chavales practicábamos distintos deportes e incluso competíamos sin comentarlo en casa. El deporte no era algo a tener muy en cuenta. Y mis padres, que tenían cinco hijos muy aficionados a las prácticas deportivas desde pequeños, esperaban que al alcanzar la madurez iríamos dejando de lado ese divertimento para formarnos más seriamente en el aspecto puramente académico. El deporte era simplemente parte de nuestros juegos y podía ser en nuestra edad adulta una forma de ocio.

Después vino mi época en Barcelona y se fue materializando el desengaño de mis padres, que vieron como yo no conseguía despegarme de esa afición que me apartaba de los estudios.

Unos años más tarde, vieron como el menor de mis hermanos, Miguel Ángel, conseguía tener una carrera bastante exitosa dentro del fútbol profesional. Mi hermano, como ya he dicho, jugó con el RCD Mallorca en dos épocas distintas, y con ese club ganó una Copa del Rey. Con el FC Barcelona ganó una Copa de Europa y nueve Ligas. Participó en tres

Mundiales de Fútbol con la selección y fue considerado uno de los mejores defensas del mundo de su época. La carrera deportiva de mi hermano fue un gran entretenimiento familiar, motivo de muchas alegrías, y un hecho que propició diversas cosas antes insólitas en nuestra familia.

Para empezar, el concepto de entretenimiento de mi padre se vio seriamente alterado. Mi padre es un hombre al que siempre vimos preocupado por su formación humanística. Es maestro de escuela, director de orquesta y titulado superior en piano. También es procurador y API. Fue, además, muy buen amigo de uno de los mejores escritores en lengua catalana que ha dado nuestra comunidad, Miguel Ángel Riera, con el que compartía afinidades y largas charlas. Mi padre, que siempre se había ocupado de ampliar sus conocimientos de filosofía, literatura y, sobre todo, música, su desmesurada pasión, empezó a hablar de la Liga de Fútbol, del nuevo entrenador que promete mucho, de tal fichaje que incrementará las posibilidades del equipo y de que, en vistas de que Miguel Ángel ha sido seleccionado para el próximo Mundial, tenemos que organizar un viaje toda la familia y seguirlo hasta Reino Unido o Estados Unidos, por poner dos ejemplos.

Mi padre nunca ha dejado de asistir a conciertos en Barcelona, Berlín o Salzburgo, pero aprendió, en contra de sus planes, que el deporte también es un entretenimiento, una posibilidad con la que te puedes ganar la vida y, sobre todo, una disciplina con la que te puedes formar. En parte, por supuesto.

Mi madre aprendió las reglas del fútbol y a disfrutar de este deporte como el resto de la familia. Años más tarde, cuando según ella empezaba a entender el deporte nacional por excelencia, tuvo que acostumbrarse a las reglas de otro deporte que entró con pleno derecho en la familia, el tenis.

El deporte ha llenado muchas horas de nuestra vida fa-

miliar en común. Ha sido tema de debate, de preocupación, de ilusiones, de proyectos. Ha sido el hilo conductor de toda una familia que no ha parado de crecer desde que nació Rafael y que se ha convertido, en contra de lo previsto, en una herramienta que jamás hemos dejado de considerar como educativa, también.

A partir de los doce años más o menos, Rafael empezó a sufrir las consecuencias de un sistema educativo que no contempla que un chaval destacado en una especialidad pueda disfrutar de una adaptación necesaria para una vida mínimamente saludable. En esa época ya entrenábamos en la Escuela de Alto Rendimiento en Palma. Teníamos que desplazarnos a la capital cada día, cuarenta y cinco minutos de ida y otros tantos de vuelta. Muchas veces tenía que comer un bocadillo en el coche, estudiar en los trayectos cuando no se quedaba dormido e ir siempre con la sensación de que no llegaba a cumplir con sus deberes académicos. Cuando llegábamos, realizaba a diario un entrenamiento de unas tres horas o, incluso, un poco más. Trabajábamos también los sábados y algunos domingos y festivos si teníamos la sensación de que quedaban cosas por hacer. Todo esto lo compaginábamos con los torneos que tenía que disputar.

En esa época, él ya era campeón de Baleares, de España y de Europa y, sin embargo, en el colegio debía hacer voleibol o atletismo durante sus clases de educación física. A mí siempre me pareció una broma. Me sigue pareciendo una broma y algo inaudito que el sistema educativo contemple la posibilidad de ayudar a los chavales que tienen problemas de aprendizaje —que me parece imprescindible, claro está—,

pero que no haya una alternativa que se adapte a los chicos que destacan en una determinada actividad.

Supongo que lo mismo les ocurre a los que realizan estudios avanzados de música, por ejemplo, y que siendo virtuosos tocando el violín en su vida privada, después en el ámbito escolar tienen que tocar la flauta o el xilófono.

Nosotros padecemos una inflexibilidad institucional —los docentes poco pueden hacer al respecto— que nos costó entender, para que luego, años más tarde, esas mismas instituciones valoraran el sobreesfuerzo que tuvo que realizar Rafael en esos años.

Cuando mi sobrino ha ganado títulos importantes, los mismos políticos que regulan el sistema educativo y tantos ámbitos de la vida social, se han fotografiado con él y han ensalzado muy positivamente su trayectoria.

No desprecio para nada estas manifestaciones, lo único que lamento es que las valoraciones se hagan demasiadas veces de manera retrospectiva. Cuando manifiesto mi opinión, vaya esto por delante, de ámbitos que no son el puramente deportivo, lo hago con total respeto y, espero, con educación.

No pretendo descalificar a nadie con mis apreciaciones, ni tan siquiera a los políticos, que están muy infravalorados en la actualidad, en bastantes casos con motivos sobrados, pero también entiendo que en muchos casos no. Y mucho menos quisiera desprestigiar el papel de los docentes de este país, uno de los colectivos que más valoro junto con el del sistema sanitario.

Mi máxima intención a la hora de hacerlas es la de propiciar que nuestra experiencia sea de utilidad a talentos futuros o presentes que pueden estar sufriendo también un sistema poco flexible.